

La "ambientación" del IAC

Sólo después de que sus autores —tras largas discusiones— aceptaron llevar a cabo la modificación que exigía la pudibundez de la Srta. Marina Núñez del Prado —expositora en la Sala I—, pudo inaugurarse la ambientación "Mimuy" en la Sala II del "I.A.C."

A todo expositor le asiste el derecho a exigir de la institución en la cual está exponiendo, que no presente una muestra contraria a sus principios, en otra Sala, so pena de retirar sus obras. No importa en absoluto si esta actitud es indigna de un artista.

El error estuvo, sin embargo, en que nadie fue consecuente con tal derecho y se buscó temporizar: por ignorancia o por astucia, se propuso modificar una parte de la ambientación; esto es, que se la mutilase. Mutilación que todos terminaron por aceptar.

De esta manera, Malatesta, Montero y Acha —autores de "Mimuy"— pagaron caro el noviciado: consintieron menoscabar el derecho a la libertad de expresión y admitieron que su ambientación no es una obra sino reunión de obras y, por consiguiente, procedía la modificación.

Pero —y sin que esto aminore la culpa de los ambientadores— hubo algo peor: el comportamiento de quienes, haciendo uso de su autoridad, aconsejaron la mutilación; peor —si— porque, al fin y al cabo, la Srta. Núñez del Prado al hacer tácitamente uso de la fuerza de su prestigio —discutible, pero prestigio al final de cuentas—, estaba amparada por un derecho.

A pesar de todo, hubo algo positivo: los ambientadores han sentido en carne propia lo difícil que es ser artista; máxime cuando se está en la vanguardia o se pretende estarlo. En el arte hay que darse por enterado y estar en continua vigilia para alejar a tiempo los malos aliados y no caer víctima de los propios sentimientos. Y este fue el pecado original de "Mimuy": aliarse a instituciones; y con la vanguardia no se juega...

Dejemos este lamentable preámbulo y veamos la obra:

Armazones de alambre y parcialmente forrados de tela enyesada, asemejan partes de un gigante que ha sido descuartizado y diseminado en el estrecho sótano. Brazos, manos y tronco se reconocen con facilidad, pero no la cabeza que sufre convulsiones de vez en cuando, ni la asentadora. En cada una de las partes y sobre ellas se han distribuido los objetos inservibles más variados. Y, por último, repartidos estratégicamente dos composiciones de objetos menudos, un muñecón, un ataúd y un gabinete.

Ante estas formas y objetos el público principio a buscar significados; pero termina riendo. No faltaron, desde luego, los "solemnes" que hablan de decadencia; tampoco los engolados que condenan: los mismos que rechazan la justicia social porque ya se ha hecho

en otra parte y, por ende, es un despreciable internacionalismo.

Pero aclaremos ¿qué pretenden los autores de "Mimuy"? Sin lugar a dudas, nada claro ni preciso; simplemente hacer cosas porque sí: como expresando su actitud ante la vida. En particular nos parece que estos tres estudiantes de arquitectura echan de menos el arte y en la ambientación han encontrado un lenguaje opuesto totalmente a los sistemas de enseñanza que niegan la arquitectura como arte. No se avienen a tomar la arquitectura solamente como una profesión respetable y convencional; la desean como un destino en el cual, los edificios sean expresiones de un hombre antes que la aplicación de una técnica. Por eso han evitado toda construcción que recuerde a ingeniería.

¿Cómo juzgar "Mimuy"? Si tomamos en cuenta que es la primera ambientación que regularizan y, sobre todo, la primera incursión en el arte, debemos convenir que han logrado un buen nivel y resultados decorosos. La unidad conseguida es meritoria, tratándose de una obra de equipo.

Sin embargo, el medio y la educación contra las cuales protestan, sigue pesando en ellos parcialmente. "Mimuy" peca, así, no de exceso de actualidad como muchos creen, sino al contrario: de defecto. Predomina un tono literario ya caduco: las incoherencias y las sorpresas surrealistas. La actual vanguardia es más heterodoxa: sus formas son más directas; los objetos más crudos y reales; y abandona el trabajo manual. Echamos, pues, de menos la realidad escueta y anonadante de los objetos como fundamento de la ambientación.